

EL RABINO DEL LUGAR

En la tradición judía, de la que somos herederos, se pueden encontrar multitud de cuentos y relatos didácticos, cuya principal finalidad es hacer reflexionar y profundizar sobre diversos aspectos de la vida humana. Se trata de ayudar mediante la narración a tomar las cosas “en serio”, aunque el cuento pudiera parecer un modo desenfadado de plantear asuntos. En el fondo se busca la “iluminación”, es decir, esa sensación que todos hemos sentido, cuando caemos en la cuenta de algo que quizás teníamos delante desde hacía tiempo, pero no habíamos “visto”.

La primera parte de nuestra Biblia, el Antiguo Testamento, contiene innumerables relatos, historias, refranes ... que pretenden “despertar” las mentes y conciencias de aquellos que buscan luz. Por ejemplo, el libro de Job, personaje de una fidelidad a prueba de bombas al Dios origen de todo bien; afortunado en bienes y familia, que de pronto lo va perdiendo todo, menos su confianza en el Señor, y en el desarrollo de la historia provoca en el lector las preguntas que tantas veces hemos oído plantear o hasta nos hemos hecho: ¿si Dios es bueno cómo es que existe el mal, si Dios es bueno, como no evita el sufrimiento...? ¿Y lo que sí encuentra Job al final es que no sabe de dónde viene el mal, pero sí que SABE que no viene de Dios... Y como la de Job, infinidad de historias de otros personajes, convertidos en enseñanza que ilumina: los patriarcas, los profetas y profetisas (que también hay), los jueces y reyes...

Animo al lector/a a asomarse a esas narraciones didácticas de primera mano, dejándose guiar por las explicaciones que las Biblias proponen a pie de página, para captar el significado. O pidiendo ayuda en la parroquia o a quienes puedan servir de apoyo, como algún grupo de lectura de la Biblia, a fin de ir entendiéndolo.

Bien, pues hoy propongo a consideración una de esas historias, pero en este caso de la Tradición oral.

Cuenta la leyenda que hace muchos siglos, en cierta congregación judía, muy religiosa, sucedía que estaba muy preocupada la gente por un hecho que se repetía cada sábado: su rabino desaparecía desde la caída de la noche hasta el día siguiente.

Enterados los feligreses, y no sin curiosidad, aunque bienintencionada, se preguntaban: ¿dónde irá cada sábado el rabino? ¿Irá a cantar con los ángeles? ¿Tendrá el privilegio de poder alabar al creador con Elías, el gran profeta arrebatado al cielo? ¿Hablará directamente con Dios como hacía Moisés...? ¿Irá simplemente a rezar en la espesura del bosque?

Pasaron meses sin tener indicios de cuáles serían las

circunstancias que rodearan las escapadas del rabino, y como la curiosidad aumentaba, y les parecía desconsiderado preguntarle, decidieron que alguien le seguiría con suma discreción cuando saliese de su casa el próximo sábado. Después les informaría detalladamente. De manera que la siguiente noche de sábado, el rabino tomó el camino de la montaña, subió y subió, hasta llegar a un paraje bastante alejado, donde se ubicaba una casita junto a un acantilado. Y allí, mirando por la ventana, el observador descubrió que en la cama yacía una gentil anciana, que parecía enferma. El rabino se puso a barrer el suelo, cortar madera, encender el fuego, hacer un gran puchero de estofado, lavar las sábanas, ... y después se marchó rápidamente para estar de vuelta en la sinagoga a la hora de las oraciones matutinas que los buenos judíos hacen al comenzar cada día. El observador llegó poco después de él, sin aliento.

Al final del rezo, cuando se marchó el rabino, los miembros de la congregación quisieron saber: ¿va al cielo nuestro rabino? ¿Tiene arrobamientos místicos...? El enviado reflexionó un momento. Y respondió: “no, amigos míos –dijo sonriendo suavemente-. Nuestro rabino va mucho más arriba que el cielo...”

Ciertamente en la vida hay algunas clases de dolor que no pueden ser eliminadas: la pérdida de seres queridos, las heridas del alma, el rechazo, la discapacidad, la vejez... Pero quienes comparten el dolor ajeno saben lo que es hablar del amor de un Dios que aunque ha decidido no cambia las circunstancias que nos limitan y condicionan, sí que nos acompaña en cada paso del camino. El dolor es la dimensión humana que nos pone en condiciones de dar o de recibir esa atención sanadora que consiste en “sentarse”, simplemente, con quienes están heridos. Y quizás, simplemente, escuchar. O dar algo de consuelo con el afecto y la mirada tierna, y un verdadero interés.

Hace pocos días, el 11 de febrero, día de la Virgen de Lourdes, era el día del Enfermo. Un abrazo tierno y lleno de afecto, a cada uno de los enfermos de nuestra familia parroquial.

Francisco J. Sánchez Núñez
Cura de Álora
alora@diocesismalaga.es